

La representación por clases



El distinguido hablador señor Vázquez de Mella niega que se haya encargado del estudio de la reforma electoral, añadiendo que él no tiene relación directa e inmediata con el Directorio. Y a la vez dice que no es partidario de la llamada representación proporcional, sino de la representación por clases.

Esto de la representación por clases es uno de los camelos del nebuloso y utópico tradicionalismo de nuestro distinguido retórico, una de cuyas distintivas es la casi completa carencia de sentido histórico. Achaque muy frecuente en los que barajan nombres sonoros y confunden la Historia con la Arqueología, y arqueología de Museo de reproducciones. O de Museo de la llamada Historia Natural, con sus pellejos rellenos de paja.

A estos tradicionalistas retóricos, de una tradición puramente libresa y arqueológica, les gusta mucho jugar con categorías huecas, con pseudo conceptos como ese de clase.

La categoría social de clase es, en efecto, una de las peor definibles, una de las más ambiguas, una de las más vacías de verdadero contenido vivo, histórico. Nada se presta más al confusionismo y a los sofismas que ese término de clase. Es ya confuso, muy confuso, en el sentido que le dan los socialistas que hablan de lucha de clases. Porque no hay manera de determinar quién es pobre y quién es rico o quién es burgués y quién proletario, o dónde empieza el ser capitalista y cesa el ser asalariado. No hay técnico de la estadística que sea capaz de clasificar a los ciudadanos por clases en el sentido que a éstas dan los socialistas que hablan de la lucha de ellas.

ops

Y todos sabemos que la categoría más abstrusa, más difusa y a la vez más confusa—pasaremos la paradoja—, la categoría más contradictoria es la de lo que llamamos en España clase media.

Nuestro distinguido hablador, sin embargo, al hablar de clases debe de referirse a lo que antaño, en la Edad Media, se llamó gremios, como no se refiera al estado llano, la nobleza, el clero, etc. Y cualquiera sabe la aplicación que a la vida presente, es decir, a la Historia, haría de esas categorías hoy muertas, arqueológicas, nuestro distinguido hablador y aplaudido camelista.

¡Habría que ver la división en clases—la clasificación—de un cuerpo electoral que haría el arqueólogo de Museo de reproducciones! La clase de los obreros manuales, de los criados de servicio, de los funcionarios públicos, de los que profesan artes liberales, de los rentistas, de los artistas, de los prestamistas, de los socios de Casino..., ¡y vaya usted contando! Y habría caso en que sería preciso incluirle a un mismo ciudadano en dos o más clases.

Esos pobres arqueologistas suelen declamar contra el liberalismo individualista, mezclando en ello a Rousseau, que es su coco, y ponderando los males que han venido de que los ciudadanos se agrupen para votar según sus ideales políticos o según sus intereses individuales. Y es que esto les ha roto el régimen de cofradía.

Nuestro distinguido hablador dice que con el sistema electoral de la proporcionalidad se va contra las grandes mayorías y nada más. Se percata muy bien de que con ese sistema, ellos, los arqueologistas, no obtendrían una minoría considerable, y no le interesa que sean otros los que quebranten la fuerza de la gran mayoría. Y es que nuestros sedicentes tradicionalistas viven de un equívoco, del equívoco de su arraigo en la opinión.

Otro hombre público que ha sentido siempre cierta debilidad por eso de los gremios ha sido don Antonio Maura. Con algún mayor sentido histórico que el señor Vázquez de Mella, aunque no mucho, porque al fin y al cabo el señor Maura ha gobernado, aunque él diga otra cosa, y ha tenido que tropezar con la realidad histórica, su retórica se ha vis-

to contrastada por la práctica. Pero aun así, le suele seducir ese medievalismo de Museo de reproducciones. Y acaso por esta afinidad entre ambos arqueologistas el señor Maura siente debilidad por el señor Vázquez de Mella, y hasta dicen que le admira. Por lo menos ha querido meterle en un gran Ministerio de figuraciones.

¡Representación por clases! He aquí la pseudo idea, el mito más disparatado. No hay ni puede haber más que la representación por parti-

dos políticos, que a su vez representan o sistemas de gobierno o grandes intereses colectivos. Un ciudadano que se sienta tal votará como liberal o absolutista, como librecambista o proteccionista, como federal o unitario, como demócrata o dictadorista, pero no votará como carpintero o médico o boticario o músico o tendero de ultramarinos.

Y ahora una pregunta: Los jugadores de fútbol, ¿constituyen clase?

Miguel DE UNAMUNO



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS USALES